

ser mas fuerte ó mas dichoso que sus enemigos, pero es gran cosa el ser siempre mas fuerte y poderse dominar á sí mismo.

Sin embargo, esta es la gloria de la religion, pues si la filosofía manifestaba lo vergonzoso de las pasiones, no enseñaba á vencerlas, y sus pomposos preceptos eran mas el elogio de la virtud que remedio del vicio.

Era tambien necesario para la gloria y triunfo de la religion el que los mayores genios y toda la fuerza del entendimiento humano se apresurasen para hacer virtuosos á los hombres. Si Socrates y los Platones no hubieran sido los doctores de los hombres y no hubieran emprendido en vano corregirlos y arreglar las costumbres, el hombre por sola la fuerza de la razon hubiera podido atribuir su virtud á la superioridad de su inteligencia, ó á la hermosura de la misma virtud; pero aquellos predicadores de la sabiduría no formaron sabios; y era preciso que los vanos ensayos de la filosofía preparasen nuevos triunfos á la gracia.

Ella es por último la que ha mostrado al mundo el verdadero sabio á quien todo el fausto y el aparato de la razon humana nos anunciaba tanto tiempo habia. No ha limitado toda su gloria, como la filosofía, á ensayos para formar apenas entre los hombres un solo sabio verdadero en cada siglo, sino que ha poblado de ellos las ciudades, los imperios y los desiertos; y todo el mundo ha sido para ella otro Liceo, donde en medio de las plazas públicas ha predicado la sabiduría á todos los hombres (Prov. VIII, 1, 3, 4). No solo ha escogido sus sabios entre los pueblos mas cultos, sino que el Griego, el Bárbaro, el Romano y el Escita han sido igualmente llamados á su divina filosofía, y no ha reservado únicamente á los sabios el conocimiento sublime de sus misterios, pues el hombre sencillo ha profetizado como el sabio, y los ignorantes se han hecho doctores y apóstoles. Preciso era que la verdadera sabiduría pudiese serlo de todos los hombres.

¿Que diremos? Su doctrina era insensata al parecer, y sin embargo los fi-

lósofos sometieron su razon orgullosa á esta santa locura; no anunciaba sino cruces y sufrimientos, y los Césares se hicieron sus discípulos; y ella solo vino á enseñar á los hombres que la castidad y la templanza podian sentarse en el trono; y que el asiento de las pasiones y de los placeres podia serlo de la virtud y de la inocencia ¡Que gloria para la religion!

Pero, Señor, si la piedad de los grandes es gloriosa para la religion, esta es únicamente la que produce la verdadera gloria de los grandes; pues de todos los títulos que tienen, el mas honroso es el de la virtud. Un príncipe que sabe dominar sus pasiones; que aprende en sí mismo á mandar á los demas; que no quiere tomar de la autoridad sino los cuidados y penas que la obligacion le impone por ella; que siente mas sus faltas en proporcion de los vanos elogios con que quieren revestírselas como virtudes; que considera como único privilegio de su clase el ejemplo que debe dar á los pueblos; que no tiene otro freno ni regla que sus deseos, y que sin

embargo impone á estos el freno de la regla misma; que ve á su lado todos los hombres prontos para servirle en sus pasiones, pero que no se cree nacido sino para servir á las necesidades de ellos; que puede abusar de todo y se niega aun á aquello á que tendria derecho; en una palabra, que rodeado de todos los atractivos del vicio, nunca les muestra sino la virtud; un príncipe de este carácter es el mayor espectáculo que la fe puede dar al mundo. En un solo dia pueden contarse mas acciones gloriosas suyas, que en la larga carrera de un conquistador, pues el uno ha sido el héroe de una sola jornada y el otro de toda su vida.

TERCERA PARTE.

Asi es como Jesucristo triunfa hoy del pecado, y tambien de la muerte, con lo que nos abre las puertas de la inmortalidad, cerradas por el pecado; y desde el seno mismo de su sepulcro hace á todos los hombres hijos de la vida eterna.

Esta es la última hazaña que completa el triunfo de la religion. La piedad solo concedia al hombre el mismo fin que al animal irracional, pues todo debia morir con el cuerpo; y este ser tan noble y único capaz de amar y conocer, no era mas, sin embargo, que un vil conjunto de barro formado por el acaso, y que solo este podia destruir para siempre. La supersticion pagana le prometia para despues de la muerte una felicidad ociosa, donde las vanas fantasmas de los sentidos debian ser toda la bienaventuranza de un hombre que solo puede ser feliz por la verdad.

La religion nos manifiesta esperanzas mas nobles y mas sublimes, pues da al hombre la inmortalidad que la impiedad filosófica le habia querido quitar, y sustituye la posesion eterna del bien soberano á los campos fabulosos y á las ideas pueriles de felicidad que la supersticion habia imaginado.

Pero esta inmortalidad que es la esperanza mas consoladora de la fe, solo se promete á la fe misma, pues sus promesas son la recompensa de sus

máximas, y para nunca morir, aun ante los hombres, es preciso haber vivido segun Dios.

Si, hermanos míos, esta inmortalidad, aun de reputacion, que la vanidad mundana promete para lo futuro, no pueden merecerla los grandes sino por la virtud.

La muerte es casi siempre el escollo y el término fatal de su gloria; porque los vanos elogios con que se los habia engañado durante su vida, caen siempre casi al mismo tiempo que ellos en el olvido del sepulcro; de modo que no sobreviven mucho tiempo á sí mismos, y si queda de ellos alguna memoria entre los hombres, son mas deudores de esta á la malignidad de las censuras, que á la vanidad de los elogios; pues sus alabanzas han durado lo mismo que sus beneficios, y ya nada son desde que nada pueden. Sus aduladores mismos se hacen sus censores (porque la adulacion degenera siempre en ingratitud); nuevas esperanzas crean nuevo language; sobre las ruinas de la gloria del muerto se levanta la gloria del vivo, y se adorna á

este con los despojos y virtudes de aquel. Los grandes son propiamente el juguete de las pasiones de los hombres, y su gloria no tiene consistencia segura, pues se aumenta ó disminuye con los intereses de sus panegiristas.

¡Cuantos príncipes ponderados durante su vida no han dejado nombre alguno para la posteridad! Y que son las historias de los estados y de los imperios sino un corto resto de nombres y de acciones, que se ha salvado de la muchedumbre innumerable sepultada en el olvido desde el origen de los siglos!

Que vivan según Dios y su nombre vivirá siempre en la memoria de los hombres; porque los príncipes religiosos quedan escritos en caracteres indelebles en los anales del mundo. Las victorias y las conquistas pertenecen á todos los siglos y á todos los reinados, y las unas se borran á las otras, por decirlo así, en nuestras historias; pero las grandes acciones de piedad conservan siempre en ellas todo su esplendor. Un príncipe piadoso está siempre separado de la turba de los otros en la posteridad; su cabeza

y su nombre se levantan sobre toda aquella muchedumbre, como la cabeza de Saul sobre la de todas las tribus; su gloria crece en razón de la distancia, y cuanto más se corrompen los siglos, tanto mayor es el espectáculo que presenta por su virtud.

Si, Señor, casi se han olvidado los nombres de los primeros conquistadores que fundaron en las Galias nuestra monarquía; pues son más conocidos por las fábulas y los romances que por la historia; y aun se disputa si se les debe poner en el número de vuestros augustos predecesores. Así es que han quedado como sepultados bajo los cimientos del imperio que levantaron; y su valor, que ha perpetuado para sus descendientes la conquista del reino, no ha podido perpetuar en él su propia memoria.

Pero el primer príncipe que colocó á su lado la religión en el trono de los Franceses, ha inmortalizado todos sus títulos con el de cristiano; y así la Francia ha conservado con amor la memoria del gran Clodoveo, la fe se ha hecho, por decirlo así, la primera y más segura

época de la historia de la monarquía ; y los primeros de entre vuestros ascendientes que conocemos, son los que empezaron á conocer á Jesucristo.

Los santos reyes cuyos nombres estan escritos en nuestros anales, serán siempre los títulos mas preciosos de la monarquía y modelos ilustres en los siglos futuros para sus sucesores.

Ya se ha tratado, Señor, de fijar vuestra atencion sobre la vida de aquellos príncipes piadosos vuestros ascendientes, y se estimula diariamente vuestra virtud con tan grandes ejemplos. Acordaos de los Carlomagnos y los san Luses que aumentaron el esplendor de vuestra corona con el brillo inmortal de la justicia y de la piedad; lo cual se repite á vuestra magestad en sabias instrucciones. Aun sin subir tan arriba tenéis ejemplos tanto mas interesantes, quanto debeis amarlos mas, pues la piedad corre en vuestras venas, mas de cerca con la sangre de un padre piadoso y de un augusto bisabuelo.

Vos sois, Señor, el único heredero de su trono, y ¡ojalá lo seáis de sus vir-

tudes ! Que estos grandes modelos renazcan en vos por la imitacion mas que por el nombre, y sed vos mismo el modelo de los reyes vuestros sucesores. Si ya nuestro afecto no nos engaña ; si una infancia cultivada tan cuidadosamente por hombres tan hábiles, y en la que la excelencia de la naturaleza parece anticiparse diariamente á la de la educación, no nos convierte nuestros deseos en vanas predicciones, podemos abrir ya un campo vasto á vuestras esperanzas ; ya vemos resplandecer desde lejos los primeros vislumbres de nuestra futura prosperidad ; y ya la magestad de vuestros ascendientes anunciada en vuestro semblante nos promete una suerte gloriosa. ¡ Quiera pues el cielo, Señor, y este deseo los encierra todos, que seáis algun dia tan grande, como lo es el amor que os profesamos !

¡ Gran Dios ! Si solo fuesen mis deseos y ruegos los últimos, sin duda que mi ministerio me permitirá dirigiros en este augusto lugar, hallándome ya vinculado á cuidar de una de vuestras Igle-

sias, por los juicios secretos de vuestra providencia, si lo fuesen mis votos y mis oraciones, ¿quien soy yo para esperar que puedan subir hasta vuestro trono? Pero son los votos de tantos santos reyes que han gobernado la monarquía, y que poniendo sus coronas ante el altar eterno al pie del cordero, os piden para este augusto niño la corona de justicia que merecieron ellos mismos.

Estos son los votos del príncipe piadoso su padre, y que, prosternado en el cielo, como lo esperamos, ante la faz de vuestra gloria, os pide continuamente que este único heredero de su corona lo sea también de las gracias y misericordias con que vos le prevenisteis á él mismo.

Estos son los votos de todos mis oyentes, que, ó encargados del cuidado de su infancia, ó al servicio inmediato de su persona sagrada, desahogan aquí sus corazones en vuestra presencia, á fin de que este precioso niño, que lo es en cierto modo, de nuestros suspiros, y

de nuestras lágrimas, no solo no perezca, sino que sea él mismo la salud de su pueblo.

¿Que dirémos aun? Estos son, ó Dios mio, los votos y deseos que toda la nación os dirige por mi voz; esta nación que desde su principio habeis protegido y que á pesar de sus crímenes es todavía la porción mas floreciente de vuestra Iglesia.

¿Podríaís, ¡gran Dios! cerrar las entrañas de vuestra misericordia á tantas súplicas? Dios de las virtudes, miradnos con compasión: *Deus virtutum convertere ad nos* (Ps. LXXIX, 15, 16); mirad desde lo alto del cielo y ved, no las disoluciones públicas y secretas, sino las desgracias de este primer reino cristiano, de esta viña tan querida que vuestra misma mano plantó y que tan regada ha sido con la sangre de tantos mártires. *Respice de celo et vide et visita vineam istam quam plantavit dextera tua* (ibid. XV, 16). Renovad para con ella vuestras antiguas misericordias; y si nuestros crímenes os obligan todavía á volvernos vuestra cara, que á lo

menos la inocencia de este niño augusto que nos habeis dado por monarca, os reconcilie con vuestro pueblo: *Et super filium hominis, quem confirmasti tibi* (ib. 16).

Harto nos habeis afligido ¡gran Dios! Enjugad por fin las lágrimas que nos han hecho derramar tantos males como nos habeis enviado en vuestra ira. Haced que á los dias de luto, de encono y de venganza sucedan otros de alegría y de misericordia. Que vuestros beneficios sean abundantes donde tambien lo fueron vuestros castigos, y que este niño tan querido sea para nosotros un don con que reparemos todas nuestras pérdidas.

Haced de él, ¡gran Dios! un rey segun vuestro corazon, es decir, que sea el padre de su pueblo, el protector de vuestra Iglesia, el modelo de las costumbres públicas, el pacificador, mas bien que el vencedor de las naciones, el árbitro, mas bien que el terror de sus vecinos; y que toda la Europa envie nuestra felicidad y admire sus virtudes, antes que sea envidiosa de sus victorias y conquistas.

Acoged, ó Dios mio, con benignidad unos votos y ruegos tan afectuosos y tan justos, y que estas gracias temporales sean para nosotros una prenda segura de las que nos preparais en la eternidad. Amen.